

Alberto Hurtado: Educador

GABRIEL CASTILLO.

El hombre es un ser que necesita educarse. Tiene que descubrir la razón de su estar en el mundo. No sólo hacer ese descubrimiento. Si eso únicamente hiciera, entendería lo que ha de llegar a ser; necesita aceptarlo. Porque, si no lo acepta, se queda sin su ser, afuera, no es.

Los grandes riesgos de un ser humano son, pues, el de no saber en qué consiste ser un hombre y el de saber en qué consiste y no atreverse a serlo. Sólo el que hace esto último se educa pues educarse es hacerse hombre, serse; no es, simplemente, tomar conocimiento de la vocación humana.

Ni descubrir ni aceptar el propio ser es fácil. A veces la capacidad de oír está ensordecida; así que el llamamiento llega apenas audible. Otras veces la convocación es clara, nítida, sin confusión alguna; y, sin embargo, quien la recibe se sobresalta y trata de esquivarla, de sacársela de encima.

Por eso, es tan frecuente el hombre a medias, el que se mueve entre el no ser y el ser, el que se ha habituado a transar, el que posterga, una y otra vez, su consentimiento definitivo al llamado que lo convoca. Muchos seres humanos viven en una semieducación.

Pero hay, también, hombres que siguen decididamente a su ser. A veces por hacerlo, sufren el abandono, la persecución. Ellos siguen. En ocasiones, las dificultades son tan rigurosas que quienes se interesan en su éxito los instan a capitular. Ellos siguen firmes en sus esperanzas. Sufren tanto como los demás. Lloran como otros lloran. Caen y tropiezan como otros caen y tropiezan. Y, sin embargo, su signo es la alegría. Dan la impresión de tener la certeza de que no será la injusticia la que dirá la última palabra y que la vida ganará la batalla final contra la muerte.

Cuando uno de estos hombres surge, en un grupo social, produce una fuerte conmoción. No porque cambie a las personas. En los hechos, algunas personas experimentan una clara transformación; pero otras, siguen igual y alguna, tal vez puede endurecerse más. La conmoción se genera porque ha aparecido un hombre. Porque lo que era un sueño, lo que se guardaba en los libros o se exponía desde la cátedra, el ideal humano, está ahora presente, tiene rostro y nombre, se lo puede ver, oír, tocar. Se le ha revelado al grupo la altura a la que puede llegar la condición humana. Uno, como Jonás, puede huir a Tarsis; pero el mensaje ya fue recibido y, se acepte o no, sigue sonando en la intimidad.

Era como estar junto a Cristo

Quisiera, ahora, hablar sobre Alberto Hurtado, un hombre que siguió su ser y que habitó entre nosotros.

Quisiera hablar. Porque no podré hacerlo. ¿Cómo explicar lo que un hombre de esa altura fue? Se puede contar lo que dijo, lo que escribió, lo que hizo. Pero ¿cómo dar cuenta de lo que era?

Si pudiera hablar de lo que era, podría dar una idea de su acción educadora, esto es, de la motivación al crecimiento humano que provocaba el ser que en él resplandecía.

No puedo hacerlo. No sé cómo hacerlo. Pero haré un esfuerzo de acercamiento.

Cuando murió el P. Hurtado, Manuel Larrain, el Obispo de Talca, quiso resumir lo que el padre había sido comparándolo con Cristo. Para el Obispo de Talca, Cristo había venido de nuevo a la tierra y se había ido.

Alguien habrá tomado esta relación como una hermosa imagen. Y no



«...Al estar con el Padre Hurtado, uno podía ya entrever lo que significaría estar con Cristo, o cómo se sintieron los que se encontraron junto a El.»

“Al abandonar nosotros al pueblo, a los pobres, a los sencillos abandonamos nuestro terreno propio: el de la fe honda, el de las almas de los grandes sacrificios, la clase que nos dio los primeros mártires” (De la Introducción a Ejercicios... La Samaritana... carpeta 30)

es así. Quienes pasamos varios años junto al padre lo podemos decir: la impresión básica que se tenía al estar con Alberto Hurtado era la de estar junto a Cristo. O, si así se comunica mejor, al estar con el Padre Hurtado, uno podía ya entrever lo que significaría estar con Cristo, o cómo se sintieron los que se encontraron junto a El.

Quien estuvo junto a Alberto Hurtado ya no lee el evangelio sólo con sus palabras y sus hechos. Aunque sea desde muy lejos, podrá imaginarse la imagen del redentor, el tono y el énfasis de la voz, el gesto, la mirada. Quien vio a Alberto Hurtado rezar el Padre Nuestro tiene que haber sentido la confianza, la unción, la devoción con que el hijo de Dios se dirigía a su padre.

Quien estuvo junto a Alberto Hurtado tiene que sufrir serias dificultades con la imagen de Cristo serio y agobiado de las estampas. Alberto Hurtado era alegre. Tenía una capacidad inmensa de sufrir el dolor de los demás. Y, sin embargo, expresaba una persistente alegría. Cristo tiene que haber sido más alegre todavía. ¿Cómo no, si el Padre Dios estaba con El y su ser se extendía en su plenitud?

Una tarde, con un grupo de compañeros dimos en imaginar cómo sería un día o una semana en la vida de Cristo. Cada uno había es-

tado en distintos momentos de un día o de una semana con Alberto Hurtado y había quedado impactado con la manera, como hacía donación de su vida. No se trataba sólo que estuviera ocupado mucho tiempo en el servicio de los demás, sino que a cada cual se diera totalmente. Si alguien estaba cinco minutos con él, salía de ese encuentro seguro de que el padre había guardado ese tiempo sólo para él.

Por eso nos preguntábamos: ¿Cómo sería un día en la vida de Cristo? ¿Qué será el tiempo para un hombre que se deja comer como un pan por la gente? ¿En qué momento Jesús descansaría? A Nicodemo lo recibió en la noche. ¿Cuántos más lo buscaron a esa hora?

Esta relación entre el Padre Hurtado y Cristo era, para nosotros, una realidad frecuente. No sólo porque el padre nos hablara constantemente de Jesús o porque viera en cada ser humano, particularmente en cada pobre, el rostro del hijo de María. Lo que más lo asemejaba a Cristo era la alegría y la fuerza que producía su presencia como fruto de la habitación que, en él, parecía hacer el anhelo de Dios.

Cuando alguien ha sido testigo de un acontecimiento sorprendente suele tener graves dificultades para explicarlo. Tiene gestos y palabras que aluden al hecho, pero que no lo describen. La gente le pide que trate de abandonar su reacción subjetiva y se empeñe en narrar, en objetivar su testimonio. El lo intenta. Sin embargo, no puede evitar a cada instante el rompimiento de su relato con la frase «Había que haber estado allí». El testigo se resiste a contar el afuera de los hechos. Y aunque para los otros la frase no comunique nada, él la repite porque no puede evitarlo, porque sabe que allí reside la verdadera historia. Con el «Había que haber estado allí» desea dar cuenta de lo que efectivamente ocurrió.

El P. Hurtado respondió al llamado hasta el fin

Esto es lo que sucede cuando se

quiere hablar de un educador.

De un pedagogo se puede analizar su pensamiento educativo y su particular aporte a la historia de la educación. De un especialista en educación es posible comentar su saber sobre sistemas y procesos educacionales. De un instructor se puede dar a conocer su habilidad didáctica. Pero, ¿de un educador qué se puede decir? Un educador puede ser, al mismo tiempo, pedagogo, especialista en educación e instructor. Pero lo que le da su carácter no es ni su aporte al pensamiento educacional, ni su conocimiento ni su habilidad, sino su capacidad de provocar educación, su capacidad de revelar a otro el ser que espera manifestarse en él.

El educador no causa la educación en otro. La propia educación es una decisión que toma, sobre sí, cada cual. Lo que el educador hace es darle, a un hombre, la buena nueva de su llamamiento al ser, la gran noticia de que la nueva sociedad no se hará sin él, y que la naturaleza entera espera su aporte en el cuidado de la vida. Tal revelación no la entrega el educador, con las palabras, sino con el ser que pone detrás de ellas. No la muestra con los hechos, sino por el ser con que interioriza esos hechos. El educador habla y actúa; pero antes que nada, es. De modo que, desde fuera, parece que educa hablando palabras y realizando acciones; pero, desde adentro, se advierte que educa realizando su ser, siendo.

Eso fue Alberto Hurtado entre nosotros. Lo llamó, un día, el Padre Dios y Alberto contestó afirmativamente. Lo llamó, también, el pobre y Alberto se puso de su lado. Muchos hombres lo solicitaron y él estuvo dispuesto. Lo buscaron el ser y el amar y se fue tras ellos. Y descubrió que los llamamientos no eran varios sino uno: Que cuando el hombre llamaba, Dios llamaba; que cuando el pobre mostraba su abandono era la sociedad total la que clamaba por la justicia; que cuando el ser llevaba a alguien hasta el amar, el amar lo iba a dejar junto al ser.

Alberto Hurtado siguió ese llamado único y plural y lo siguió hasta el fin. Y de allá volvió y vino a contárnoslo a nosotros.